

NECROLOGIAS

DON JAIME OLIVER ASIN
(26 julio 1905-6 febrero 1980)

Por retraso en la aparición de MISCELANEA, adelantamos aquí esta apresurada nota necrológica a la memoria del que fue querido amigo y eximio investigador de nuestra escuela don Jaime Oliver Asin, que falleció en Madrid el 6 de febrero de 1980.

Nacido en Zaragoza el 26 de julio de 1905, desde los cinco años de edad vivió en Madrid con su tío materno don Miguel Asin Palacios, insigne figura del arabismo español, cuyo magisterio tan honda huella habría de marcar en su vida científica y humana.

Tras concluir los estudios universitarios, inicia su docencia como profesor auxiliar en el Instituto Escuela de Madrid (1927-1929). En 1930 obtiene, por oposición, la cátedra de Literatura española del Instituto de Calatayud, cátedra que, un año después, pasaba a desempeñar, en comisión de servicio, en el ya citado Instituto Escuela de Madrid, del que fue catedrático numerario desde 1934 hasta su jubilación en 1975, si bien dicho Centro se llamó Instituto Ramiro de Maeztu a partir de 1940.

Por ausencia de Don Emilio García Gómez como embajador de España en Iraq, Líbano y Turquía, sucesivamente, desempeñó la dirección del Instituto Miguel Asin —Escuela de

Estudios Arabes de Madrid—, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, desde el 3 de julio de 1958 hasta su jubilación. En 1963 fue elegido miembro de número de la Real Academia de la Historia y leyó su Discurso de ingreso el 24 de marzo de 1974, *En torno a los orígenes de Castilla*, contestándole don Emilio García Gómez, que trazó la más acabada semblanza humana y científica de don Jaime Oliver, de la cual he tomado algunos de los datos aquí utilizados. En 1966 fue nombrado Cronista Oficial de la Villa de Madrid.

La figura de don Jaime Oliver presenta dos facetas primordiales, magisterio e investigación, facetas tan íntimamente ligadas entre sí, que son como el anverso y reverso de la misma moneda, y, en este caso, moneda de la mejor ley. En breve síntesis y, desde luego, sin el menor afán exhaustivo, podríamos decir que los campos preferidos en su investigación se reducen a tres, lengua y literatura españolas, etimologías y toponimia, en los que don Jaime Oliver se mueve siempre bajo una sorprendente unidad de objetivos.

Sin embargo, y dado que nunca aspiró a la docencia universitaria, las publicaciones relacionadas de manera más directa —aunque no exclusiva— con su prolongado y ejemplar magisterio en el Centro de enseñanza anteriormente aludido, son algunas del primer campo, por ejemplo su *Iniciación al estudio de la Historia de la Lengua Española* (1939) —varias veces reeditada—, como primera parte de un tríptico a la que seguirían el estudio de la fonética y el de la morfología, aparte una breve pero esencial antología. Entre sus trabajos de investigación literaria, recordaremos los siguientes, que giran en torno a dos primeras figuras, Lope y Cervantes, y son buena muestra de la luz que el arabismo puede proyectar respecto a la gestación de algunas obras capitales de la literatura española: *Sobre los orígenes de “La Celestina” en el teatro de Lope* (1933), *Un morisco de Túnez, admirador de Lope* (1933), *El Quijote de 1604* (1948), *La hija de Agi Morato en la obra de Cervantes* (1948), *Vida de don Felipe de Africa, Príncipe de Fez y Marruecos*, que esclarece plenamente una comedia de Lope de Vega y obtuvo el premio “Raimundo Lulio” del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en 1955.

Su tesis doctoral, *Origen árabe de "rebato", "arrobda" y sus homónimos*, defendida y publicada en 1928, además de obtener una crítica extraordinariamente elogiosa, por parte de eminentes romanistas y arabistas nacionales y extranjeros, alumbraba ya un nuevo manantial en el segundo de los tres campos anteriormente citados, que permitiría a su autor elaborar múltiples y valiosos trabajos de carácter etimológico, como *Historia y prehistoria del castellano "alaroza"* (1950), *La expresión "ala ud" en el "Libro de Buen Amor"* (1956), *"Quercus" en la España musulmana* (1959), y *"Suber" en la España musulmana* (1962) —faltando por publicar la tercera parte referente a "ilicina" en una especie de trilogía sobre la encina—, *Biografía del castellano "alminar"* (1960), *Biografía de "abacera"*: *Contribución al estudio de la historia del mercado* (1961), *Las dos "almuzaras"* (1962), *Los dos "andamios"* (1963), *Notas para la historia de la industria madrileña desde la fundación de la villa hasta 1400* (1963), *Fortuna de "ġumma" en la lengua española* (1963), *"Una y mil veces"* (1964), *En torno a los Banū Ḥawṭ Allāh* (1968). Tras esta simple enumeración, conviene recordar, especialmente a quienes desconozcan sus métodos de trabajo, que los estudios de don Jaime Oliver en este campo representan una nueva y fecunda orientación: no se trata de formulaciones etimológicas escuetas, asépticas y segregadas de su natural entorno, sino de auténticas biografías de las palabras y de las cosas que las palabras significan, donde, con impecable rigor científico y amenidad de expresión, se conjugan los más diversos elementos, formando un todo coherente y armónico pleno de vitalidad y riqueza de contenido.

Las investigaciones en el tercero y último de los campos aludidos, que suelen constituir la meta normal de todo etimologista consagrado, representan asimismo en el quehacer de don Jaime Oliver un paso más, y en él trascendente, pues aquí es donde tal vez nos ha legado los frutos más sazonados de su infatigable labor. En los topónimos, a la biografía del nombre debe sumarse un perfecto conocimiento del terreno, y sobre este doble elemento han de proyectarse los resultados de disciplinas tan variadas como la arqueología y la historia, la literatura y las instituciones, el urbanismo —en su caso— e incluso

otras bastante más alejadas del círculo en que ordinariamente suele moverse el filólogo; sin embargo, todo esto y, a veces, más se refleja en la mayoría de los siguientes trabajos de don Jaime Oliver: “*Alijar, Alijares*” (1942), “*Maǧšar*” = *Cortijo* (1945), *El árabe “marǧ” en el vocabulario romance y en la toponimia de España* (1945), *Novedades sobre la batalla llamada de al-Zallūqa (1086)*, en colaboración con E. Lévi-Provençal y don Emilio García Gómez (1950), “*La Salmedina*” y “*Vaciamadrid*”: *estudios de toponimia madrileña* (1950), *El ambiente cultural y militar del Madrid musulmán* (1951), *El hispano-árabe “al-jarnāt” (los molinos harineros) en la toponimia peninsular* (1958), *Historia del nombre de Madrid*, sin duda la obra más apasionante de Oliver Asin, ganadora del “Premio Francisco Franco” del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en 1952, y publicada en 1959, año en que, lógicamente, obtenía también el Premio del Ayuntamiento de Madrid al mejor libro publicado ese año sobre la Villa y Corte. En este mismo año aparecía su nota acerca de “*Soborbal*” en el *Aljarabe de Sevilla*; en 1970, *Les tunisienes en Espagne à travers la toponymie*; en 1971 *Orígenes de “Tudela”*, y en 1974 lee su ya aludido Discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, en el que aborda tema tan sugestivo como el de *Los orígenes de Castilla a base de su toponimia en relación con los árabes y los beréberes*.

Finalmente, entre otros aspectos de la actividad desarrollada por don Jaime Oliver, hemos de recordar su asidua participación en las primeras Sesiones de Cultura hispano-musulmana, en las Semanas de Estudios Medievales de Estella, en los Cursos de verano para extranjeros en San Sebastián, etc., así como el buen número de conferencias pronunciadas con gran éxito en España y el extranjero, especialmente en Inglaterra, Portugal, Italia, Túnez y países del Próximo Oriente.

Desde el ángulo de mis relaciones personales con don Jaime Oliver, no puedo menos de recordar que, formando parte del tribunal de nuestras oposiciones a cátedra, y cuando yo llegaba al antiguo edificio de la Universidad en la calle de San Bernardo, en compañía de Juan Vernet, para asistir a la votación final, supimos que don Jaime no podría participar en la misma, ya que en tales momentos sufría una urgente y delicada-

da intervención quirúrgica, de la que, por fortuna, salió con renovada vitalidad.

No puedo olvidar tampoco los años pasados en la sala de trabajo que él presidía en el viejo edificio de la Escuela de Estudios Arabes de Madrid, donde a veces leía en voz cuidadosamente baja pero perceptible, alguno de sus trabajos, a fin de comprobar el ritmo y la fluidez de expresión; pero ocasiones hubo en que, anticipándome sus disculpas, lo hacía en voz más elevada, solicitando al final mi parecer. Confieso que más de una vez he practicado este mismo sistema y lo he aconsejado también a quienes conmigo han preparado o aún siguen preparando sus tesis doctorales.

Años más tarde, cuando coincidíamos en las ya aludidas Sesiones de Cultura hispano-musulmana, en tribunales de oposiciones o en cualquier otra reunión, le escuchábamos siempre complacidos, a la vez que admirábamos el entusiasmo, sencillamente contagioso, con que nos describía sus frecuentes excursiones para dilucidar viejos topónimos, sin olvidar nunca las especialidades gastronómicas de cada uno de los innumerables poblados que en su vida había recorrido y que recordaba incluso en los menores detalles.

Quiero subrayar, por último, que, no obstante la gigantesca labor desarrollada por don Jaime Oliver, siempre me daba la impresión de que el tiempo no contaba para él, lo mismo en sus tertulias que en su investigación, en la definitiva redacción de sus trabajos como en los casi once años transcurridos desde su elección para la Real Academia de la Historia hasta la fecha de su ingreso; mas, lo que entonces era sólo una subjetiva apreciación mía, ahora se ha convertido para él en auténtica realidad: se nos ha ido más allá del tiempo, pero nos ha dejado su obra, nacida de una fe ilusionada en la búsqueda de la verdad y dechado de buen hacer. ¡Gracias, don Jaime; descanse en paz!

Dario Cabanelas, ofm.